

Implicaciones

Don Giussani “Por qué la Iglesia” Tercera Parte Capítulo 2 Punto b

b) A través de la libertad

La relevancia de las implicaciones que estamos detallando resulta todavía más penetrante y profunda al afrontar esta segunda afirmación: el hombre es cristiano con toda su particular libertad. Lo que quiere decir que el ideal cristiano se llevará a la práctica en la medida en que lo quiera la libertad del cristiano, y por eso puede suceder que el individuo lleve consigo el ideal y al mismo tiempo lo contradiga en su modo de vivir. El mensaje cristiano está vinculado a la seriedad y la capacidad moral del hombre.

Esta es la cara dramática del método de Dios. El método que Dios ha seguido juega por entero sobre la libertad. En ningún otro ámbito, ni de pensamiento ni de realizaciones históricas, desempeña la libertad un papel tan importante como en la visión del hombre, de la sociedad y de la historia que propone el cristianismo.

Así, pues, ya que, por definición, el mensaje que nos propone la Iglesia tiene que pasar a través de lo humano, es decir, a través de un límite, de algo finito, por eso mismo es completamente seguro que la libertad humana nunca realizará íntegramente el ideal; el vehículo humano de la Iglesia siempre se mostrará inadecuado a lo que pretende llevar al mundo. Pero lo que estamos detallando es justamente esto: que Dios se ha atado a nuestra particular práctica de libertad, a la modalidad específica con la que responde cada hombre a la capacidad de infinito que hay en él y a las demandas de Dios.

Cualquiera de nosotros podrá, por lo tanto, conocer a cristianos generosos y cristianos menos generosos, como en la primitiva comunidad cristiana había, por ejemplo, quienes ponían en común todos sus bienes y quienes ponían a disposición sólo una parte. Eran cristianos con su libertad, y si recordamos el episodio de los dos ancianos, Ananías y Safira, que fueron castigadas cuando dijeron que lo habían dado todo a la comunidad, debemos recordar también que no fueron castigados por haber dado sólo la mitad y no todo, sino por haber intentado mentir.

Definitivamente lo divino se comunica pasando a través de la libertad de las personas.

Es interesante observar el planteamiento cristiano de la vida desde el punto de vista de la libertad. Efectivamente, si un hombre dice algo justo y no lo pone en práctica, a nosotros, que lo notamos, se nos pone con las espaldas contra la pared, frente a nuestra responsabilidad última.

1) Análisis de una objeción

Tenemos que reconocer, ante todo, que esa paradoja de que lo divino se comunique por medio de lo humano, de que lo infinito escoja como instrumento suyo un medio finito y libre, nos plantea interrogantes a todos.

El verdadero problema es responder al interrogante justo, que consiste en preguntarse si esa paradoja, una vez reconocida como tal, responde o no a la realidad. En la segunda parte de esta reflexión trataremos de ofrecer coordenadas de respuesta a ese interrogante.

Entretanto, el interrogante que, desde un punto de vista lógico nos metería por un camino errado es el siguiente: ¿cómo juzgar a la Iglesia, induciendo mi juicio a partir del comportamiento de los hombres?

Cualquier juicio que se haga sobre la Iglesia inducido a partir del comportamiento de los hombres, sean éstos quienes sean, se está emitiendo sobre la base de unas premisas erróneas.

Si la Iglesia dice de sí misma: Yo soy una realidad compuesta de hombres que porta consigo algo excepcional, sobrenatural, que vehicula lo divino, la Divinidad que salva al mundo; si la Iglesia se define a sí misma de este modo, y así lo ha hecho desde sus comienzos, entonces no se puede juzgar su valor profundo haciendo una lista de los delitos y las carencias de los hombres que forman parte de ella. Al contrario, si en la definición de Iglesia entra lo humano como vehículo elegido por lo divino para manifestarse, en tal definición entran potencialmente también

estos delitos. Esto no significa que deban ser aceptados con resignación. Lo que quiero decir, en este contexto, es que la ignorancia y las faltas no constituyen materia de juicio acerca de la verdad de la Iglesia.

Desde el punto de vista de la actitud moral, el deber de la persona frente a los defectos de los hombres de la Iglesia no es retraerse a causa de la propia debilidad (como diciendo: "Sí, puede que el cristianismo sea una buena cosa, pero yo no soy capaz"), ni por el escándalo de los demás, sino que consiste en intervenir mediante su esfuerzo para reducir con el empeño más intenso sus propios defectos y para limitar con su sabiduría y bondad los defectos de los demás.

Desde la perspectiva de una postura intelectualmente adecuada, tenemos que preguntarnos primero qué es lo que quiere la Iglesia verdaderamente ser, para después verificar si esta pretensión tiene fundamento o no.

La conocida frase de Nietzsche, con la que él al dirigirse a sus hipotéticos interlocutores cristianos dice que estaría más dispuesto a creer en su salvador si tuvieran más cara de salvados²⁷, es ciertamente muy comprensible desde el punto de vista psicológico (además debería recordar a los cristianos su deber de dar testimonio). Sin embargo, desde el punto de vista lógico, objetivo y crítico, no respeta el itinerario que exige un juicio fundamentado y, desde el punto de vista moral, se muestra como una actitud que no se ocupa de afrontar verdaderamente el problema. Y el problema que plantea la Iglesia en el mundo es demasiado serio como para que nos podamos encasillar de antemano en posturas de partida equívocas.

2) El descubrimiento de la búsqueda de lo verdadero

Hemos visto que cualquier juicio que se emita sobre la Iglesia a partir del comportamiento de los hombres arranca de premisas erróneas y está destinado a no captar esa paradoja -lo divino vehiculado por lo humano- que pertenece a la definición misma de la Iglesia. En cambio, como observa De Lubac, "será precisamente [esta paradoja] la que nos introducirá en su misterio. La Iglesia es humana y divina"²⁸

Preguntémonos, entonces, cuál es la actitud más conveniente para quien quiera expresar un juicio adecuado sobre la Iglesia, una vez ya excluida la de basarse en el comportamiento de los hombres.

Actitud que verdaderamente debe excluirse, no sólo por su inadecuación al objeto, como hemos visto anteriormente, dado que la Iglesia incluye en la definición de sí misma la posible e inevitable miseria humana, sino también porque no pueden adoptarse con coherencia. Un conocido obispo norteamericano, Fulton J. Sheen²⁹, observaba agudamente que quienes rechazan

²⁷ F. Nietzsche, *Así habló Zaratustra*, Alianza, Madrid 1998.

²⁸ H. de Lubac, *Paradoja y misterio de la Iglesia*, Sígueme, Salamanca 1967, cf. Tr. pp. 12-14. Observa también De Lubac: "En efecto, ¡qué realidad tan paradójica es la Iglesia, con todos sus aspectos contrastantes! ¡Cuántas imágenes de ella, tan opuestas entre sí, nos ofrece la historia! En casi veinte siglos, ¡cuántos cambios se han producido en su comportamiento! ¡Cuántos desarrollos extraños!, ¡cuántas metamorfosis! Pero también hoy día -y sin llegar a hablar de las separaciones derivadas de ciertas rupturas-, a pesar de las nuevas condiciones de un mundo que tiende a la uniformidad, ¡cuántas distancias, a veces qué abismos de mentalidad, en el modo de vivir y pensar la fe entre las comunidades cristianas de los distintos países! [...] La Iglesia [...] ¿Con qué rasgos podré componer su rostro? ¿Pueden todos estos elementos dispares -cada uno de los cuales sin embargo le pertenece por entero- componerse en un rostro? Sí, yo lo creo así, la Iglesia es *complexio oppositorum*, pero, a primera vista, ¿no me resulta quizá necesario reconocer que ese choque entre los *opposita* me oculta la unidad de la *complexio*? [...] Se me dice que es santa y la veo llena de pecadores. Se me dice que tiene como misión arrancar al hombre de sus preocupaciones terrenas, recordarle su vocación a la eternidad, y la veo incesantemente ocupada de las cosas de la tierra [...] Me aseguran que es universal, tan abierta como lo son la inteligencia y la caridad divinas, y yo constato muchas veces que sus miembros, por una especie de fatalidad, se repliegan tímidamente en grupos cerrados [...] Se la proclama inmutable, la única que permanece estable por encima del torbellino de la historia, y he aquí que de improviso, ante nuestros ojos, desconcierta a gran cantidad de fieles con sus bruscas renovaciones... Sí, paradoja de la Iglesia. No es un vano juego retórico. Paradoja de una Iglesia hecha para una humanidad paradójica, a la que a veces su adapta incluso demasiado. La Iglesia está desposada con todas las características de la humanidad, con todas sus complejidades y sus inconsecuencias, con las contradicciones sin fin que existen en el hombre [...] Desde las primeras generaciones cristianas, cuando apenas había traspasado los límites de la vieja Jerusalén, la Iglesia ya reflejaba en sí misma los rasgos -las miserias- de la humanidad corriente" (ib., p. 14).

²⁹ Fulton John Sheen (1895-1979), arzobispo estadounidense de la Iglesia Católica, fue director nacional de Propaganda FIDE de 1950 a 1961, obispo auxiliar de Nueva York y posteriormente obispo de

a la Iglesia por la hipocresía y la imperfección de las personas religiosas en el caso de que la Iglesia fuera perfecta en el sentido que reclaman, no habría en ella lugar para ellos.

Si es cierto que el poder de la Iglesia, un poder regenerador del hombre, no se manifiesta como podría hacerlo, pues somos nosotros mismos quienes lo impedimos, no es menos cierto que ese carácter paradójico de la Iglesia nos llama a los hombres a alcanzar una claridad moral que desvele el verdadero contenido de nuestra búsqueda.

Jesús dijo en una ocasión: "Bienaventurado el que no se escandaliza de mí"³⁰ es decir, de lo que hacía y decía, por paradójico que pareciera. De manera análoga podemos decir nosotros: bienaventurado el hombre que no rechaza el valor a causa de la eventual imperfección de quien lo porta consigo. Porque, el problema, cuando Jesús estaba todavía en su vida terrena, se planteaba del mismo modo que a nosotros hoy. Los discípulos notaban esta dinámica de rechazo en cierta clase de gente de entre los que escuchaban a Jesús. El Evangelio nos lo narra: "Entonces se le acercaron los discípulos y le dijeron: ¿sabes que los fariseos al oírte se han escandalizado?"³¹. Se trataba en aquella ocasión de la afirmación que había hecho Jesús de que la impureza reside en el corazón del hombre y no debe relacionarse con los alimentos que come. Su respuesta a la observación de los discípulos es perentoria: "¡Dejadles! Son ciegos y guías de ciegos"³² ¿Qué es, pues, lo que no ve este género de interlocutores de Jesús? No ven lo que no buscan; porque lo que buscan no es la verdad tal y como se presenta, para la cual resultan, en cambio, ciegos. También ahora, dedicarse a buscar los defectos de quienes anuncian el cristianismo, o estar dispuesto a escandalizarse de ellos, no es más que una coartada para no adherirse a él y para no tener nunca que cambiar. Pues defectos los habrá, de hecho, siempre y de todos modos. Así que optar por fijar la vista en ellos es una manera fatal de optar por no buscar con la mirada el valor. Es Jesús de nuevo quien estigmatiza esa coartada ante otra objeción de los fariseos a propósito de que sus discípulos no cumplían las abluciones prescritas antes de las comidas: "Sois verdaderamente hábiles en eludir el mandamiento de Dios para guardar vuestra tradición"³³. También ahora podemos convertirnos en prisioneros de esta triste habilidad.

La Iglesia ha sido salvada a lo largo de los siglos, al contrario por todo el que, persiguiendo lo verdadero y lo real, amando el valor y el ideal, no se ha escandalizado por sus límites, la estrechez de las circunstancias, por el carácter aparentemente incomprensible de las vicisitudes humanas, y se ha lanzado a afirmar lo que amaba buscando el tesoro oculto en el barro. Demostrando de este modo al mundo y a la historia que su mirada y su corazón estaban atentos al tesoro y no al barro.

San Francisco de Asís, por ejemplo, no se escandalizó por las divisiones y violencias que sacudían a la Iglesia de su tiempo, por las guerras fratricidas que oponían a los cristianos entre sí, sino que, tocado por Dios después de una frívola juventud, se lanzó a una lucha que no era "contra" nadie; era "por" Alguien³⁴.

No se escandalizó tampoco Catalina de Siena, más de un siglo después de la muerte de Francisco, por la situación miserable en que había caído la Iglesia a pesar de la linfa vital que le habían aportado las órdenes mendicantes. La corte del Papa en Aviñón cada vez más sometida a la corona francesa, un clero a menudo malvividor y sibarita, luchas y conflictos entre ciudades y familias constituyen el contexto en el que esta enérgica mujer de Siena persigue el cumplimiento de la misión a la que se siente llamada, esa renovación de la Iglesia a la que otros contemporáneos suyos tendieron, en aquella corriente de misticismo

Rochester, N.Y. y de Newport, Wales. Consiguió una gran popularidad por sus apariciones televisivas en el programa *Life is Worth Living*. Escribió más de sesenta libros, entre los que destacan *God and Intelligence in Modern Philosophy (1925)* y *Philosophy and Religion (1948)*.

³⁰ Lc. 7,23

³¹ Mt. 15,12

³² Mt. 15,14

³³ Mc. 7,9

³⁴ Kajetan Esser, un conocido historiador del movimiento franciscano comenta esta mirada suya fija en el objetivo: "él no se centra en la vida de los apóstoles o en la primitiva comunidad cristiana de Jerusalén sino directamente en aquello que el Hombre-Dios, Jesucristo, experimentó y realizó en la tierra. La vida de Cristo es el modelo ideal con el que Francisco ambiciona identificarse lo más posible. Dios mismo le ha llamado a esta vida y él responde con sencillez y franqueza a este llamamiento divino, sin dejarse confundir por nadie ni por ninguna razón del mundo".(K. Esser, *Origini e inizi del movimento e dell'ordine francescano*, Jaca Book, Milán 1997, pp. 208-209 trad. es.: *Orden Franciscana. Orígenes e ideales*, Aranzazu, Oñate 1976).

que atravesó Europa, con la oración y la mortificación. Sin miedo a los obstáculos, Catalina lanzó sus apasionados llamamientos a la conversión de reyes, papas y criminales, mostrando con directa franqueza lo que era para ella el valor, el "tesoro" que había que buscar y salvaguardar. "Con anhelo he deseado ver en vos la plenitud de la Gracia divina", escribe sin preámbulos a Gregorio XI, exhortándole: "Y que no os falle el santo propósito por murmuraciones o rebelión de una ciudad, o por lo que oigáis; al contrario, que se encienda más el fuego del santo deseo para querer realizarlo pronto". Y concluye así: "Sedme hombre viril y no temeroso. Responded a Dios que os llama para que vengáis a tomar y poseer el lugar del glorioso pastor San Pedro, del que seguís siendo vicario"³⁵.

Dejarse obstaculizar por los errores propios o de los demás es un gran engaño: la reacción plenamente humana,, "viril" por decirlo con la santa, sería justamente "querer obrar sin tardanza". El compromiso personal, que no excluye una actitud crítica pero no se queda en ella, es un problema de moralidad elemental.

Imaginemos a una mujer, casada, que tiene un hijo pequeño. Imaginémosla ya un poco desilusionada, como suele ocurrir, de su compañero de viaje, quien, cuando vuelve a casa por la noche, se pone a leer el periódico, o a ver la televisión, o, peor aún, se va al bar, sin dignarse echar una mirada ni a pequeños ni a mayores. Un día el niño se pone enfermo; la casa está algo distante del núcleo habitado del pueblo y la joven mujer no puede dejarle solo para ir a llamar al médico a quien no puede encontrar por teléfono. Finalmente llega el marido y le puede pedir ayuda. Pero él considera excesiva la preocupación de su mujer, está cansado, ha trabajado todo el día. Así que se sienta a leer el periódico asegurando que todo se resolverá. ¿Cuál será la reacción de la madre? ¿Se dirá quizás: "Bien, si para él no es importante tampoco yo me voy a preocupar"? O, más bien, ¿no se pondrá a actuar, sin dejarse frenar por la pereza del marido? Si aquel de quien resultaría obvio esperar cierto compromiso falla, y el otro ama el objeto de ese compromiso, ese otro debe multiplicar sus energías sin esconderse tras el fallo de quien tendría el deber de cumplir con él.

No será inútil recordar aquí de nuevo la frase que Simeón le dijo a María cuando ésta le presentó en el Templo a su hijo, profetizando que su presencia en el mundo iba a servir "para que se descubran los pensamientos de muchos corazones"³⁶. Es una frase que sintetiza la dinámica que enciende el anuncio en el hombre cristiano. El hecho cristiano, con su realidad y potencia paradójicas, hace que emerja el verdadero deseo del hombre. Si uno aspira a un contenido justo, no se detiene en la forma, quizá innoble, con que ese contenido se presenta, sino que se deja guiar por el atractivo que tiene. Tanto es así que raramente se encuentra en la experiencia humana una conciencia tan dolorida por la desproporción entre lo que se cree apasionadamente y los propios límites, la propia mezquindad y la fragilidad, como la que se da en el ámbito vivido de una comunidad cristiana.

Es fácil por lo general tener una postura engañosa en relación con nuestros límites. Suele parecer bien justificarse con un "¡sería bonito, pero yo no puedo!, o caer en alguna forma de desesperación. En cambio, en un ámbito de vida cristiana la conciencia clara del valor último escuece y cuestiona ante todo al que trata de vivirlo: de hecho la misa empieza todas los días con un "yo confieso". Es la postura más intensamente auténtica que se pueda concebir desde el punto de vista humano: un claro amor al propio ideal con conciencia de la desproporción. Usando un término etimológicamente muy interesante, la tradición cristiana llama a esa actitud "humildad", que deriva de humus, es decir, tierra, aquello de lo que venimos y de lo que vivimos: la actitud humilde no es otra cosa que el reconocimiento y el amor a lo real, a la tierra que somos. Ahora bien, y esto también forma parte de la realidad, es una tierra con la que se ha implicado Algo diferente, en la que florece Algo distinto.

Este es el modo en que se desvela el deseo profundo del hombre, ese modo que produce en la historia el hecho cristiano³⁷. ¿Qué es lo que verdaderamente buscamos? ¿Un valor que nos

³⁵ *Epistolario de Santa Catalina de Siena*, vol II, San Esteban, Salamanca 1982, cr. tr. pp. 759-760.

³⁶ Lc. 2,35

³⁷ "Todo lo humano tiene siempre defectos – escribe de Lubac-. Nunca, en ninguna síntesis, está todo en absoluta coherencia, de igual modo que en la naturaleza de las cosas nunca hay círculos o cuadrados perfectos. Pero ¿Por qué suponer de antemano que los pensamientos y las obras del hombre se comportan como un cesto de manzanas, en el que la presencia de tan solo una que esté podrida es suficiente para que todo el resto se pudra? ¿Por qué apostar que el elemento defectuoso de un pensamiento sea siempre su elemento dominante, el elemento fuerte, el que arrastrará a todos los demás el día de mañana? ¿Por qué no creer nunca en la fuerza de lo verdadero y del bien, en la posibilidad de que se enderecen, o más aún, que se transformen

cambie y nos haga ser más verdaderos, o afirmarnos a nosotros mismos motivando nuestra inercia con la lista de los defectos ajenos? Ninguna clase de mal podrá desviar nuestra búsqueda de la verdad y del bien si está auténticamente orientada hacia ello; mientras que será más difícil que algo verdadero y bueno logre superar el obstáculo de nuestro ánimo si éste no está decididamente dirigido hacia ello. Resulta curioso notar que esa frase de Jesús que hemos citado, en la que declaraba bienaventurados a quienes no se escandalizaran de Él, no la reporta el evangelista Lucas como conclusión de uno de aquellos episodios en los que el Señor sorprendía y trastornaba con sus enseñanzas a los eruditos y religiosos contemporáneos suyos, sino después de la simple lista de hechos prodigiosos y buenos que Jesús pide le sean referidos a Juan el Bautista, encarcelado, hechos cuya realidad era constatable por cualquiera: “Id y comunicad a Juan lo que habéis visto y oído: los ciegos recuperan la vista, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, a los pobres se les anuncia la Buena Nueva”³⁸.

profundamente, que se conviertan, los elementos menos buenos bajo la acción de los mejores?” (H. de Lubac, *Paradojas y nuevas paradojas*, Península, Barcelona 1966, cf. tr. pp. 101-102)

³⁸ Lc. 7,22